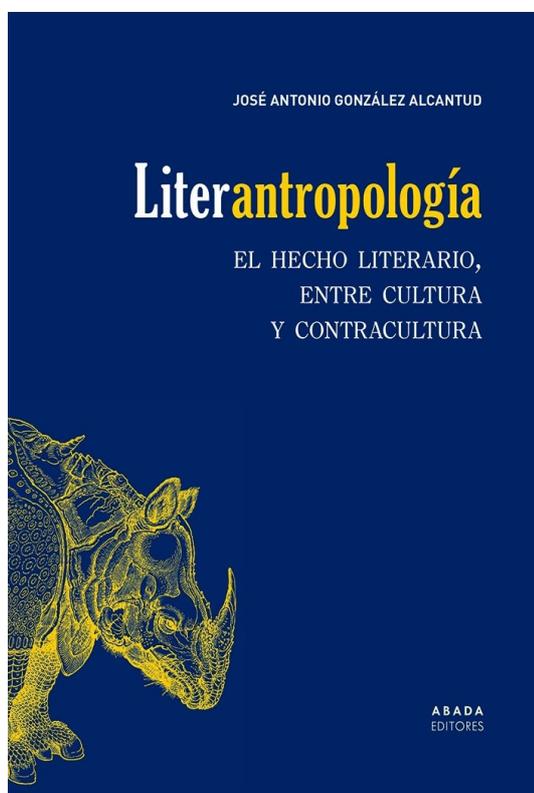


Antropología y literatura. La metáfora cultural, entre la emoción y la razón¹

María Pilar PANERO GARCÍA
Universidad de Valladolid, España
mariapilar.panero@uva.es



La monografía de José Antonio González Alcantud —Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Granada y Correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de España— es la culminación de una trilogía en la que su autor reflexiona sobre lo contextual en la literatura. Si en *El rapto del arte. Antropología cultural del deseo estético* (2002) y *Travesías estéticas. Etnografiando la literatura y las artes* (2015) el profesor aborda un análisis plural del hecho estético, ahora se centra exclusivamente en la literatura y en su contexto en ocho capítulos, en los cuales se parte de que la escritura es el soporte de la cultura humana postneolítica y, por lo tanto, estará siempre por encima del análisis hermenéutico cultural que es inestable. La literatura y la antropología por su propia naturaleza refractaria integran a los contrapoderes de diferentes épocas y de ahí que la escritura, liberada de una mirada exclusivamente esteticista o como instrumento de especulación cultural, sea un “hecho social total”. El volumen, como los anteriores, está abigarrado de referencias que guían al lector y le ofrecen un panóptico abierto para sugerirle otras muchas.

Liter-Antropología reflexiona sobre dos disciplinas insumisas y eclécticas que tradicionalmente

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de la obra de José Antonio González Alcantud *Liter-Antropología. El hecho literario, entre cultura y contracultura* (2021, Abada Editores, 324 pp.)

han compartido materias de estudio como la literatura popular, la historia oral, los mitos, etc. y que, además, comparten la escritura como medio para describir al otro. Aunque también se mencionan, especialmente en el primer capítulo, no estamos ante un libro que aborde los archiconocidos debates postmodernos para objetivar cómo ha de ser la escritura/narración antropológica. En ellos, o bien se considera al antropólogo como un autor que participa de la ilusión textual de la ficción "interpretando y "traduciendo" culturas o, por contra, se ve como alguien ajeno a los artificios retóricos. En medio de estas dos posiciones antagónicas hay numerosos matices. Ahora, el profesor González Alcantud propone abordar las obras literarias partiendo del su carácter refractario e incluso maldito. Invita a un enfoque comparado que las relacione con la cultura en la que nacen y con otras ligadas que generan una determinada etnoliteratura. Además, despoja a la literatura de miradas restrictivas que permiten dilucidar los elementos culturales dentro de cualquier obra.

La antropología literaria aprovecha los avances hechos en la antropología cultural y la historia social para enriquecer el quehacer filológico con la contextualidad como ingrediente del análisis de los textos literarios. El tratamiento antropológico de la literatura demuestra que, además de compartir las formas de escritura, comparten la tradición cultural de un tiempo y contexto histórico y social (de la Fuente Lombo 1994; de la Fuente Lombo y Hermosilla Álvarez 1997). El conflicto, persistente o enquistado, es la clave para operar un análisis antropológico de los textos adscritos tradicionalmente al ámbito literario. Cuando trasciende lo individual se origina en la propia estructura social y se extiende a la literatura. Podemos rastrear los conflictos en numerosas obras literarias que analizan las relaciones conscientes entre diversos grupos sociales, o analizar conflictos inconscientes en individuos que transforman grupos a través de su escritura a lo largo del tiempo. Ganivet (1897), por ejemplo, es un autor que trama su obra en ambas direcciones, pues su enfermedad condiciona su forma de entender la sociedad de su tiempo, pero las patologías sociales como la *aboulía* influyen decisivamente en su vida.

Es precisamente en el primer capítulo, en el cual intenta desbrozar el terreno fértil en el que campan la cultura y la contracultura. El autor apuesta decididamente por una noción más humanística que científica de la idea de cultura que en la antropología, más allá de la eterna polémica de si es antropología social o cultural. Desde los años setenta del pasado siglo, lo que planea son dos corrientes o dos maneras de entender la idea de cultura nacional con sus narraciones y ritos. Una es una idea de la cultura deconstruida como la concibió Eric J. Hobsbawm, es decir, inventora de tradiciones de forma intencionada, si bien cualquier hecho humano es una invención cultural; la otra ha sido la interpretativa y postmoderna, naturalmente constructiva, enunciada por Clifford Geertz y James Clifford, que ha difuminado las oposiciones alta cultura-cultura popular y cultura occidental-cultura primitiva propiciando el nomadismo interpretativo en el que operan el texto, el co-texto, el contexto, el intertexto, la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la analogía. Esta última ha alcanzado más predicamento y en España y se desarrollado a

partir de la obra de Carmelo Lisón Tolosana con un enfoque hermenéutico (1983). Existe un común acuerdo en que el hombre es un ser simbólico distinguiendo Naturaleza y Cultura.

Continúa en este primer capítulo dando las claves de la relación entre grafos y poder de la que resulta una conexión conflictual entre la literatura como creación y el medio social. Por ello la literatura nunca puede ser un hecho aislado, aunque se insista en la idea de encapsularla como un producto de consumo para el ocio y la "espiritualidad". Desde el Romanticismo, sin embargo, literatura y antropología van de la mano, pues este vasto movimiento cultural de sesgo liberal, y no pocas veces ácrata, está vinculado a las revoluciones y movimientos sociales. Estos son auspiciados de forma recurrente en un largo postromanticismo fragmentado —parnasianismo, simbolismo, decadentismo, prerrafaelismo, modernismo y gran parte de vanguardias— cuando el positivismo y el empirismo defraudan en su proyecto vital al Hombre, un ser hecho de contradicciones que se escapan a las normas y los moldes. El germen de esas revoluciones y movilizaciones está en la consciencia por parte de los escritores con aspiraciones regeneracionistas de elementos entecos en el tejido social. Estos la transportan a sus "ficciones" y que son susceptibles de un análisis antropológico.

Se hace un esfuerzo en el capítulo que sirve de pórtico al libro para explicar qué es la contracultura en Europa, actitud de derrota ante la vida, distinguiendo el anarquismo del *underground*, que para el autor es "«cultura» en sentido antropológico, como conjunto de saberes teóricos y prácticos capaces de generar sentido" (p. 36). Afirma que nos resistimos a llamarlo "subculturas" debido a que en la historia europea han tenido un papel fundamental en todos los movimientos de vanguardia desde el Romanticismo. La fragmentación y la yuxtaposición imperan en los valores culturales, los cuales han de ser subvertidos, transgredidos y parodiados para evitar ordenes estables de significación colectiva construidos artificialmente para la represión. Estas actitudes críticas se asocian a la vanguardia, momento de auge para la etnografía que estuvo muy próximo al surrealismo (Clifford, 2001: 149 y ss.).

Sitúa el europeísmo entre el entusiasmo y la latente protesta y descontento, hábitat en el que germinan diversas contra-culturas —*provos*, sesentayochistas, revolucionarios de abril, etc.— comenzando en las vanguardias históricas que se niegan por la influencia americana. El europeísmo se fundamenta en el cosmopolitismo y antinacionalismo impulsado por la cultura *underground*.

El segundo capítulo versa sobre escritura, conflicto y utopía con la obra de Pedro Soto de Rojas, autor conceptista reivindicado en el 1927 por Lorca cuya obra aborda el barroco tema del desengaño. Un enfoque antropológico de su obra la incardina en el conflicto y el pleitestimo en que vivió en la corte y en su vida en Granada como canónigo, cargo que ostentó de refugio, pero no en su desencanto de la corte y del amor como se puede sospechar con una lectura somera. El carmen, antes morada de moriscos expulsados,

que habitó en el Albaicín se convierte con sus afamados jardines en su paraíso y su infierno por los constantes pleitos en que se vivía en Granada en su época. La oposición entre retiro campestre frente a la ciudad solo tiene sentido si se ve desde el interior de la ciudad.

El autor compara y examina con una fina lupa las utopías y distopías de dos autores, Ganivet y Unamuno, poseedores de una visión profética y cronotópica de la España del s. XIX a través de dos obras del primero, *Granada la bella* (1897) y *Las ruinas de Granada* (1899), y una del segundo, *Mecanópolis* (1913), las primeras escritas como artículos que se difundían a través de la prensa y la segunda como ficción. No existe un consenso para etiquetar a Ganivet dentro de los movimientos literarios —romántico, tardorromántico, simbolista, modernista, etc.—, pero sí existe un consenso a la hora de definirlo como autor granadino, aunque su condición casticista no es tradicionalista, receloso ante un capitalismo destructor del viejo pueblo andaluz presente en ciudades como Granada en las que el campo, lo rural, convive en ellas. Unamuno, influido por John Ruskin, se afirma en la superioridad del mundo rural sobre el urbano en una distopía que también desarrolla en otros cuentos. La España finisecular se adhiere al capitalismo fomentando el maquinismo en el que se integran unas masas desarraigadas y anónimas y ambos la repudian independientemente de su ideología.

En el siguiente capítulo, “La fuga mística de la alteridad”, aborda la mística cristiana francesa de los escritores Ernest Psichari y los hermanos conocidos como Jean y Jérôme Tharaud, Charles y Henry Tharaud, después de un periodo de mística patriótica y agnóstica del republicanismo laicista en la que la figura de Ernest Renan, abuelo de Psichari, es una figura olímpica. Estos autores se interpolan en el neocatolicismo estético difundido por J.K. Huysmans, Charles Péguy y Maurice Denis que se rebelan contra la realidad burguesa de una sociedad pagada de misma, opulenta y descreída.

Quizás porque sospechan que el ateísmo ambiental es la religión de los instalados. Sus obras hablarán de ambientes artificiosos, de catedrales góticas y de campaneros conocedores de secretos y códigos medievales, sobre todo la de Chartres, que la irresistible contemporaneidad del “descreimiento de lo maravilloso” habría dejado de lado. Su mercantilismo trasciende las acomodaciones del catolicismo cotidiano, y se apoya en la mística de los sencillos, retomando de facto el antiguo discurso franciscano (p. 88).

Frente al ideal volteriano proponen recatolizar Francia, aunque los socialismos y anarquismos estén fuera de cualquier discusión. De hecho, escritores como Péguy desagradaban a la jerarquía católica.

La fidelidad y la vida heroica militar en un contexto colonial serán los valores que reabiliten Psichari y Péguy creando una “nueva mística” en la que la autoinmolación en la batalla adquiere un sentido escatológico. Estas ideas han adecuado a Psichari en el clericalismo y la extrema derecha, pero en su obra literaria hay rebeldía frente a la vida acomodaticia y burguesa más allá del patriotismo político.

Los hermanos Teraud, académicos y escritores de éxito en vida y hoy olvidados hasta en Francia, por el contrario, siempre serán conservadores frente al patriotismo patriótico de Charles Péguy y chovinistas en lo que respecta al colonialismo francés. En sus obras escritas a cuatro manos mezclan "historicismo, etnografía, relato de viajes e imaginación novelesca" (p. 99) y también un orientalismo, tanto judaico como islámico, pero impostado. Sin embargo, al margen de la primera impresión hay una ambigüedad en sus escritos que tiene su origen en la complejidad del mundo colonial africano. De ahí la frialdad pintoresquista con la que tratan las cuestiones islámicas, aparentemente son filoarabíes, y el tono crítico final con el judaísmo a pesar de haber sido *dreyfusards*. De ahí también la ambigüedad, aparentar no ser católicos por conveniencia política. Esta frialdad, escritura distanciada, les ha valido a veces el calificativo de etnólogos, sin embargo, a pesar de buscar la objetividad su obra es literaria.

Otro ejemplo de "fuga mística", que nos ofrece González Alcantud es de las conversiones religiosas al islam literaturizadas de Isabel Eberhardt y François Bonjean, ambas en el marco colonial magrebí auspiciadas por el desencanto ante lo burgués. La primera, asociada a la figura imponente de otro *outsider*, Hubert Lyautey, que construyen sus personalidades públicas a través de sendas leyendas construidas con la literatura, proclive a que la dominación colonial mantuviera una conservación cultural y patrimonial del Magreb. La obra de Bonjean está marcada por el exotismo, el pintoresquismo y la nostalgia, pero busca un sentido a la existencia a través del paisaje bíblico del Sahara.

Muy sugerente es el cuarto capítulo, "Flaneando por ciudades y campos", sobre el *flâneur*, en el sentido de Walter Benjamin, que busca secretos en las ciudades mediterráneas que nacen en sus mitos fundacionales, terreno fértil para la Antropología. El autor, aunque se centra en tres ciudades, da otros ejemplos jugosos de cómo se pueden hallar los secretos de lo urbano en clave antopoética a pesar de la transparencia que ofrece la modernidad a los espacios urbanos.

El arquetipo de Venecia, que a lo largo de su historia se ha alimentado de fantasías, lo fija Italo Calvino. El secreto también habita en la Granada de los siglos XVI y XVII desde que a finales del XV deja de ser islámica, pero se nutre de misterios de ese pasado que se implementan con la Granada martirial del Sacro Monte. Esta última es negada por la Iglesia romana con unos moriscos que necesitan adherirse a un catolicismo central alejado de ligerezas islámicas. Fez se hace a sí misma enigmática en el periodo colonial para hacerse inaccesible a los extranjeros, más de lo que la hace el intrincado complejo de murallas internas, barrios y zocos dentro de la medina rodada de montañas que no permite la movilidad sin auxilio de los autóctonos. Fez es descrita por Gómez Carrillo y los Teraud con obras como *La nuit de Fès*. Estas tres ciudades históricas usan social y culturalmente el misterio y se defienden con el secreto que se agranda a partir del s. XIX, el caso de Mariana Pineda es paradigmático por la relación del secreto mujer-ciudad.

La segunda parte del cuarto capítulo lo dedica a la figura sobresaliente y antidogmática, y en los últimos años felizmente restaurada, de Manuel Chaves Nogales. Su capacidad crítica lo hizo "fusilable" por cualquiera de las dos Españas, llevando su agudeza analítica y crítica al exilio en la Francia de Vichy. González Alcantud destaca las cualidades etnográficas de Chaves Nogales en obras como *Juan Belmonte, matador de toros*, como hacedor de "historias de vida". Apunta que el "descubrimiento" del sevillano en los dos mil nos ha liberado parcialmente del lorquismo, entendido este como una explotación que desdibuja y deshumaniza al poeta para hacer de él una suerte de mito trágico y de anagrama de la España rural y negra. Al respecto el autor se muestra pesimista porque esta problemática universalizada de un autor tan respetable como Federico ensombrece los avances sociales y culturales a los que ha llegado España en el s. XXI. Finaliza esta parte recorriendo algunos hitos en la obra del intelectual, amigo suyo, Alberto González Troyano, eminente fundador de los estudios sobre el XVIII en la Universidad de Cádiz. González Troyano es un *flâneur* con mucha competencia que desgrana en sus ensayos el paisaje urbano e histórico de la península gaditana, pero siempre al servicio del humano entroncando con otros "raros" y "olvidados" como el mencionado Manuel Chaves Nogales o Rafael Cansinos-Assens.

En la tercera parte del cuarto capítulo piensa sobre dos montañas literarias, los Alpes de Thomas Mann y las Alpujarras de Gerald Brenan, como lugares de retiro y, por consiguiente, de reparación física y psíquica; si bien existen montañas que no invitan a la placidez, sino a lo abrupto y difícil como son las del Rif. Incluso hay montañas que no se ven, pero que marcan una línea entre lo que es civilizado y la barbarie como las llanuras trasalpinas para los romanos. Concluye esta reflexión comentando los trabajos de Julian Pitt-Rivers sobre la Sierra de Grazalema y de Julio Caro Baroja sobre el Sahara y la Alpujarra histórica en *Los moriscos al sur de Granada*, libro impecable favorecido por la amistad y el intercambio de lecturas de don Julio con Brenan.

El quinto capítulo trata de "El (no) espíritu del lugar de los escritores" y se divide en cuatro partes. La primera trata de nuevo a Ganivet como autor interrogándose acerca de si estamos ante un autor "políticamente inasimilable" o simplemente "incómodo" (p. 179). Partiendo de la fina linde que separa lo normal de lo patológico, desgrana las posibles causas de su suicidio, siendo este una quiebra imaginaria, pero también social. Con respecto a lo último Ganivet planteo su vida como una dramatización de lo ácrata y anti-social en la España provinciana en la que vivió a través de dos inadaptaiones, la amorosa extramatrimonial y la pulsión anticatólica que se manifiesta desde la infancia. Precisamente su contemporáneo Emile Durkheim, ayudado por su sobrino Marcel Mauss, investiga sobre el suicidio partiendo de que no es un hecho individual y aislado, sino que responde a una lógica social. El profesor, además, nos orienta sobre la utilización del héroe granadino por las distintas facciones ideológicas que han secuestrado su legado y su figura desde su trágica muerte.

Continúa analizando la obra del siciliano Leonardo Sciascia del que destaca su capacidad para percibir las contradicciones de sus conciudadanos con inteligencia e ironía. Los enigmas con ramificaciones políticas y una mirada pesimista ante la violencia estructural mafia-estado vertebran la obra de un escritor interesado por la antropología, que:

Consiguió sobrevivir en la rural Sicilia, sin tener que salirse por la tangente universalista y humanística de Luigi Pirandello, o consagrarse a la novela policiaca en puridad como Andrea Camilleri. La vida de Leonardo Sciascia desde la apariencia transcurría por los caminos de la aparente cotidianidad siciliana, pero en sí mismo encierra un "dramatismo", como señala su biógrafo Matteo Collura. Por voluntad propia nunca quiso salir de su entorno rural, más poseía un sentido de la justicia en el que no tenían cabida ni la mafia ni el terrorismo tan cruelmente activo en su época, y en torno a ellos desarrolló buena parte de su obra. En cierta parte no se considera un especialista en mafia, sino que conecta los problemas de esta sociedad, muy violenta, con el ejercicio del poder mismo (pp. 193-194).

Su obra literaria gira en torno a la sicialinidad, es decir, a una forma de identidad en la que la herencia española es fundamental. Sciascia, como su admirado Pasolini, señala la sociedad, pero uno se centra en la rural, mientras que el otro lo hace en la de consumo.

A continuación, aborda la mirada hacia ciudad de Tánger a través de tres escritores: el autóctono Mohamed Chukri, el también músico norteamericano Paul Bowles consagrado por Bernardo Bertolucci en *El cielo protector* y el tangerino Ángel Antonio Vázquez Molina. El autor esquiva el mito del Tánger internacional como una isla de libertad en el norte de África en el que la comunidad extranjera más numerosa fue la española. De ahí que la ciudad estuviera españolizada y fuera más castiza que internacional, sin embargo, los escritores norteamericanos que viven el maccarthismo y el puritanismo consideran la ciudad como un paraíso de libertad. Para los españoles también ofrecía vivir libremente alejados de la dictadura. Ese Tánger mitificado en la literatura tiene las dos visiones etnofantásticas.

Culmina el quinto capítulo asociando el concepto de radicalidad, como radicalismo estético resiliente, al de fracaso a través de dos escritores, Guy Debord y Pier Paolo Pasolini, y la revista vanguardista marroquí *Souffles*. Para el primero, fundador del situacionismo como triunfo del surrealismo, el fracaso procede de la sociedad del capitalismo espectacular incapaz de cambiar el orden establecido; para el segundo, en cambio, el nihilismo procede de las transformaciones "antropológicas" de la sociedad italiana mientras la extrema derecha emerge de lo más oscuro de la delincuencia. El escritor nacido en Fez, ciudad con una tradición estudiantil contestataria, Abdellatif Laâbi tiene en la revista *Souffles* (alientos) un medio para canalizar el deseo de modernidad a través de la oralidad en la que pervive la tradición cultural popular, la poesía que mantiene la memoria y enfrenta la colonización cultural a través de la literatura.

En el sexto capítulo titulado "Entrecruces discursivos: olvido y transculturación" aborda una cuestión fundamental para la sociedad como es la memoria como narración histórica, a la cual la literatura le brinda un lugar privilegiado. González Alcantud parte del ol-

vido en el que han caído los científicos sociales del periodo de entreguerras, entre los que se halla el historiador y sociólogo Maurice Halbwachs, también eclipsado por la saliente figura de su maestro, Émile Durkheim, incluso en su país. En España tras la generación del 98, nomenclatura controvertida y hoy poco aceptada (Azorín, 1959) en favor de generación de fin de siglo (Pedraza y Rodríguez, 1986), el interés por la sociología fue prácticamente nulo. Será conocido parcialmente gracias al exilio español en México a través de Fondo de Cultura Económica y una traducción de Max Aub de *Las clases sociales*, pero seguirá opacado en lo relativo al análisis de la memoria hasta la España democrática de la mano del sociólogo Ramón Ramos y del escritor Jorge Semprún Maurra. Este último empero no se centra en la ciencia social de Halbwachs, sino en aspectos puramente literarios, el relato dramatizado de la muerte del profesor en el campo de concentración de Buchenwald, a pesar de hacerlo en su biografía, *La escritura o la vida*, género en principio apto para desentrañar la memoria.

El tema de fondo hoy día, y nos referimos al s. XXI, es la confusión conceptual entre "narración histórica" y "memoria social". Su planteamiento es de lo más inspirador para los lectores españoles inmersos como estamos en un siempre moroso, pingüe y encrespado debate sobre "memoria histórica". Para el autor "La discusión pública está inicialmente pervertida por la propia confusión entre memoria e historia. No ha habido indagación teórica alguna mientras que la polémica ocupa a los partidos políticos en el parlamento y a los medios de comunicación" (p. 227). Plantea la combinación del pensamiento de Américo Castro, Walter Benjamin y Maurice Halbwachs para alcanzar el compromiso ético de la lucidez y un tratamiento epistemológico de la memoria. Es decir, no se puede subordinar la memoria a la narración histórica buscando un planteamiento hegemónico de la última en el sentido de Gramsci, pues toda sociedad ha de consensuar de forma dialogada y plural sus mitos fundacionales. Estos tres autores proponen incluir la variable de la intimidad, los protagonistas de la historia tienen el derecho a exponer su memoria, que es vivida, y que contribuye a interpretar esa misma historia. Para ejercitar la memoria muchos textos literarios tales como visiones de vencidos o memorias del exilio son fundamentales. Las obras de la brillante generación acogida en México por el gobierno del presidente Cárdenas tras la Guerra Civil son un ejemplo (Valender, 2019).

La segunda parte de este sexto capítulo está dedicado al concepto de transculturación narrativa en Latinoamérica, según el concepto acuñado por Fernando Ortiz en su célebre y bello ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* con prólogo de Malinowski. Conceptos como transculturación o "culturas híbridas" de Néstor García Canclini superan el concepto de aculturación, aunque para el autor el segundo en ningún caso puede eclipsar la identidad local que sigue estando presente y siendo operativa a pesar de la virtualidad y la movilidad urbana. El autor repudia la crítica decolonial americana que tiene como misión hundir el colonialismo europeo, porque la realidad, que es tozuda, revela que existe una "fantasmática histórica" (p. 243). Esta es fruto de muchas transcul-

turaciones que conforman la pluralidad que no se puede obviar y que hace que, en América, por ejemplo, se celebren morismas, aunque no existió población de moriscos.

La transculturación tiene consecuencias en la literatura como expusieron las voces autorizadas de José María Arguedas, Ángel Rama, Octavio Paz, Alejo Carpentier, etc. pues los arcaísmos y atavismos conviven en la modernidad debido a la incorporación de la importancia de lo irracional, lo mágico, a través de la Antropología.

El séptimo capítulo trata de las “Epistemologías del hecho literario” comienza explicando la ausencia de cartas entre el psiquiatra Jacques Lacan y Claude Lévi-Strauss a pesar del debate intenso ente ellos a cerca del universo de lo simbólico. El primero lo establece desde el psicoanálisis, mientras que el segundo lo relaciona con lo primitivo.

A continuación, el autor hace una incursión en lo problemático que resulta de las relaciones entre la ciencia y las humanidades en torno a conceptos como el de verdad, pero ajenos al compromiso social. Se narra una famosa chanza del físico Alan Sokal mofándose de la impostura académica al respecto, pero después el autor se centra en la obra del físico-químico y filósofo Gaston Bachelard como figura atrayente para explorar las relaciones entre ciencia y literatura. Uno de sus logros más aceptados es la de combinar imagen y símbolo para llegar a entender el sueño y, sobre todo el ensueño a través del cual analiza las formas y funciones poéticas. Concluye el capítulo con unas observaciones sobre su conocida teoría sobre los elementos como metáforas científicas utilizadas ampliamente en la crítica literaria.

El último capítulo hace las veces de broche reflexionando sobre “La crisis experiencial literaria y antropológica” desde tres ángulos: haciendo observaciones sobre el plagio, sobre la lectura de los “malditos” y sobre lo que comparten la literatura y la antropología. El profesor González Alcantud desgrana la idea de plagio de forma sencilla a través de ejemplos clásicos, pues hasta el Romanticismo no impera la idea de originalidad según la teoría de la *mimesis* de René Girard, y de otros ejemplos sobradamente conocidos o anónimos muy recientes, todos impúdicos. Él concluye que el plagio es más que una cuestión literaria —conocimiento y uso de las comillas, escritura por obediencia, concepto de mimesis, hipertexto de Genette—, pues es una cuestión social propiciada hoy día con el auge de internet y auspiciado por la desvergüenza del plagiarlo y la permisividad legal y social ante el saqueo impune. Pone el dedo en la llaga sobre algunos vicios muy extendidos socialmente, que también están escandalosamente en la Academia, pues la originalidad impostada y la falta de reflexión devienen del “corta y pega” de tantos y tantos repositorios digitales. Intuye una nostalgia futura por el placer cuasi erótico de localizar un libro intonso y de la lectura reflexiva de los artículos y libros publicados en papel.

Con la referencia inicial a la maldad que emana de *Los cantos de Maldoror* del Conde de Lautréamont a la que siguen otras muchas, casi todas de autores no españoles, el autor explica la poca querencia de la literatura española, castiza ella, para indagar en el

mal. Esta regla no es general y se quiebra por la osadía de algunos autores luminosos como José Jiménez Lozano, capaz de trazar cuadros de malditismo, o exiliados involuntarios o voluntarios como Juan Goytisolo o el poeta José Ángel Valente. Pero focalizar el mal en su naturaleza social, además de ser un hecho grave en España, tiene una virtud terapéutica y reveladora, la de asumir las responsabilidades. Existe un resultado paralelo en el campo literario y en el antropológico: Los escritores malditos, al no ser reconocidos públicamente porque han exhumado un asunto de poco agrado, como algunos antropólogos que serán acusados de haber dado una imagen negativa del lugar estudiado en sus trabajos de campo, son el contrapunto cosmopolita del *genius loci*. Por ello son objeto del ostracismo en las distancias cortas (p. 309).

Al hilo de algunos acontecimientos respecto a algunos premios Nobel de Literatura recientes y controvertidos —Svetlana Alexiévich (2015) y Bob Dylan (2016)— el profesor recuerda que verdad histórica y ficción literaria no son lo mismo. La primera se ampara en la “imaginación”, mientras que la segunda lo hace en el “ingenio”, pero estas nociones han sido desterradas en la actualidad. En esta circunstancia estaría el meollo del éxito de la novela histórica, como género híbrido y divulgativo apto para el gran público. Y aquí estaría también el empeño de los historiadores que, en un afán por parecerse a las ciencias duras, de sustituir cualquier concesión a la imaginación plagando el discurso con referencias a las fuentes, especialmente las archivísticas.

Opina el autor que, después de un afán desmedido por la originalidad, “necesitamos una pasada de hiperrealismo” (p. 313) como en algunos ejemplos que menciona en los que confluyan lo literario, lo histórico y lo etnográfico mediante la narratividad oral al estilo de Primo Levi, por elegir un ejemplo universal, en el que vida y escritura se diluyen.

Existe un nexo tradicionalmente sancionado entre literatura y política que se hace presente con el compromiso de muchos escritores —*J'accuse...!* de Zola es un caso paradigmático—, con la utilización de la literatura como arma al servicio de los nacionalismos y regionalismos o como arma de resistencia, aunque se escriba en la lengua del poder como hicieron cronistas mestizos de las Indias. No obstante, el nexo entre literatura y antropología se ha establecido desde el s. XX con la suma “la fascinación por la alteridad” y da cabida a las “identidades perdidas” (p. 320). La antropología objetiva la realidad mediante la escritura convertida en expresión literaria. La etnografía es un “espionaje”, mientras que una ficción es un “acto de voyerismo”. En ambas, en la antropología y en la literatura, se observa, pero en cada una desde su punto de vista y, sin embargo, en el medio de ambas está la metáfora cultural que sustenta una realidad asible y palpable y otra escurridiza, aunque real.

Liter-antropología. El hecho literario, entre cultura y contracultura es un conjunto de ensayos útil para los antropólogos que deseen trabajar con textos literarios dándoles un uso que supere lo meramente auxiliar, así como para los teóricos de la literatura y filólo-

gos que estén interesados en el contexto sociocultural de las obras que analizan. José Antonio González Alcantud halla aquí un equilibrio que le ofrece la propia disciplina antropológica, pues esta también es el relato que se hace tras reflexionar sobre los discursos *emic* y *etic*.

Como plantea Geertz (2001: 172) en este libro no se trata la ideología como una entidad en sí misma, sino como un universo de símbolos culturales que hay que penetrar desde el contexto social y el psicológico. Además de estar escrito con una prosa espléndida que lleva al lector como tomado de una mano imaginaria por multitud de referencias que son capaces de evocar otras, su autor nos ofrece un libro honesto aderezado con algunas anécdotas y experiencias y muchas reflexiones personales en el que, en ningún momento, en aras de una supuesta objetividad, se pone de lado.

Referencias bibliográficas

- Clifford, James (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte*. Gedisa.
- Martínez Ruiz, Antonio [Azorín] (1959). "La Generación de 1898". En *Clásicos y modernos. OBRAS COMPLETAS II* (pp. 900-918). Aguilar.
- Fuente Lomba, Manuel de la (ed.) (1994). *Etnoliteratura: un nuevo método de análisis en Antropología*. Universidad de Córdoba.
- Fuente Lomba, Manuel de la; y María Ángeles Hermosilla Álvarez (eds.) (1997). *Etnoliteratura, una antropología de ¿lo imaginario?* Universidad de Córdoba.
- Ganivet, Ángel (1897), *Idearium español*. Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel.
- Geertz, Clifford (2001). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- González Alcantud, José Antonio (2002). *El rapto del arte. Antropología cultural del deseo estético*. Editorial Universidad de Granada.
- González Alcantud, José Antonio (2015). *Travesías estéticas. Etnografiando la literatura y las artes*. Editorial Universidad de Granada.
- González Alcantud, José Antonio (2021). *Liter-Antropología. El hecho literario, entre cultura y contracultura*. Abada Editores.
- Lisón Tolosana, Carmelo (1983). *Antropología Social y Hermeneútica*. Fondo de Cultura Económica.
- Pedraza, Felipe B. y Milagros Rodríguez (1986). *Manual de literatura española. VIII. Generación de fin de siglo: Introducción, líricos y dramaturgos*. Cénlit.
- Valender, James (2019), "El exilio literario en México". En M. Aznar Soler e I. Murga Castro (eds.), *1939 Exilio republicano español* (pp. 682-687). Gobierno de España. Ministerio de Justicia.